

La vida de identificación con Jesucristo

Pablo de Jaegher S.J.

I. La gracia santificante y la intimidad con las Personas divinas.

De algunos años a esta parte, la sublime doctrina de la gracia santificante y de la presencia de Dios en las almas, ha salido del olvido en que parecía yacer sepultada. Sobre todo en los círculos en que el gusto por una sana mística se ha abierto camino, pronto se ha echado de ver el lugar preferente que la doctrina de la gracia se merece, y en que ya la había colocado el gran Apóstol de las gentes. Multitud de interesantes y notables trabajos sobre este tema han ido saliendo a la luz, a la par que numerosas revistas han hecho de ella uno de sus tópicos favoritos. Tampoco faltan libros como los del P. Plus, S.J., P. Caenen, S.J., etcétera, cuyo único objeto es vulgarizar, hacer comprender ideas, presentadas por otros autores de una manera más teórica. Creemos que estas publicaciones están llamadas a hacer un bien inmenso, y les deseamos amplia difusión. Porque, desgraciadamente, poco se ha hecho hasta ahora, en el terreno práctico, para dar a conocer la doctrina de la gracia. Muchos la consideran aún como materia o demasiado teórica, o demasiado difícil de tratar. ¡Cuántos predicadores y directores espirituales han agotado la materia propia para sermones o instrucciones, sin haberse jamás atrevido a poner sus pies en el terreno de la gracia! ¡Cuántos sacerdotes y religiosos no han entendido de esta materia más que lo que les fue enseñado durante algún curso dogmático, en el insípido modo con que suelen darse las clases en muchas partes! Si poseen algún conocimiento de la materia, su ciencia es ciencia muerta. Estudiaron estas sublimes verdades, pero sin verificarlas, sin hallarles gusto; más aún, sin vivirlas. Y lo que hubiera podido y debiera haber sido para ellos un inapreciable tesoro, no es a sus ojos más que bagaje inútil, que tienen cuidado de dejar olvidado en el camino cuanto antes. Parece inconcebible. Porque es dogma fundamental de la Religión lo que de esa manera desprecian u olvidan. La gran mayoría de los fieles no saben nada de lo que yo llamaría la esencia de la vida cristiana. De la vida verdaderamente cristiana no conocen más que lo exterior, las realidades tangibles y materiales; pero el alma de ella, su, íntima y misteriosa grandeza, permanece oculta a sus ojos. La adopción divina que nos confiere la gracia santificante recibida en el Bautismo, la participación misteriosa en la naturaleza divina, la incorporación a Cristo, el místico sacerdocio de todos los cristianos, sobre todo la presencia real de Dios en el alma, son otros tantos títulos de nobleza, de los que podrían alardear y de los cuales no tienen ni aun conciencia de poseerlos. Llevan a Dios en sí mismos y ni aun se les ocurre pensar en ello. Todo este conjunto maravilloso de una enseñanza totalmente paulina, les es desconocido.

¿No es, en verdad, desolador ver estos grandes dones del amor de Dios tan poco agradecidos y aun enteramente ignorados? El amor de Dios se ha manifestado sobre todo en este doble don: la Encarnación y la Eucaristía de una parte y de la otra, la habitación de Dios en el alma santificada y divinizada por la gracia. El primer don, más palpable de suyo, es relativamente bien conocido y apreciado de los fieles; el segundo, como si no existiese para ellos, o poco le falta. ¿Quién es responsable de este error? Parece que aquellos, sobre todo, que deberían haber profundizado, gustado y vivido por sí mismos estas magníficas verdades y haberse empleado luego con entusiasmo en darlas a conocer a los fieles.

¡Y de qué pérdida para la vida espiritual es causa esa negligencia! ¡Cómo nos elevaríamos sobre las bagatelas de la vida presente, si tuviéramos conciencia de que no somos simplemente hijos de hombres, sino verdaderos hijos de Dios por adopción! ¡Cómo nos haría despreciar todas las mezquindades de acá abajo el sabernos naturalizados en el cielo y como divinizados! Y,

principalmente, ¿cómo se transformaría la vida de innumerables cristianos, de muchos sacerdotes y religiosos, si llegaran a penetrarse de esta sublime verdad: Dios es huésped divino de mi alma, en ella vive día y noche, deseoso de recibir allí el incesante homenaje de mi intimidad y de mi amor! ¡Qué estimulante para la vida interior y el recogimiento serían estas verdades si de veras las viviéramos! Al lado de ellas ¿cómo palidecen las consideraciones con que se nos suele excitar de ordinario! Se pregonan las ventajas de la vida de recogimiento, los peligros de una vida disipada; se habla quizás hasta de un Dios presente en todo lugar y que ve aun nuestros más íntimos pensamientos. Pero se olvida al Dios que, en su amor infinito, quiere tener necesidad de nuestro íntimo trato y, para asegurárselo más fácilmente, se nos mete hasta el fondo del alma, en donde asienta su cielo y tabernáculo viviente. No se insiste sobre el hecho de que, si no podemos siempre hacer compañía, como sería nuestro gusto, a Jesús en nuestros altares, siempre podemos acompañarle en nuestro corazón, retirándonos a él como Sta. Catalina de Sena, para conversar con el objeto de nuestro amor. No hay consideración que valga lo que ésta, para llevar una vida de incesante oración y de continua intimidad con Dios.

Y en verdad ¿no es, acaso, el deseo intenso de recogerse en sí mismos para conversar familiarmente con Dios, lo que constituye el rasgo más característico de las almas interiores? Si sienten tierna devoción a Jesucristo en la Eucaristía, no la experimentan menor a Jesucristo, Verbo Divino, huésped y vida de su alma. El capítulo octavo del segundo libro de la Imitación, es buena ilustración de este aserto. Pero, por desgracia, muchas almas tardan mucho en dar con el camino que las conduzca a práctica tan excelente, y muchas jamás entran por él, a causa del silencio que encubre el dogma de la habitación de Dios en nuestras almas.

Añadamos que la doctrina de la gracia y, más aún, la idea fuertemente inculcada de la presencia de Dios en nosotros, pueden ejercer una grande influencia en hacer brotar del alma la vida y oración místicas. Ciertamente que uno no puede darse a sí mismo la oración pasiva; su mismo nombre lo está diciendo: tal oración es don gratuito de Dios. Pero, con todo, no deja de ser menos cierto que el alma puede disponerse mucho para la recepción de este tesoro divino. Dios no siembra su divina semilla, si la ve en peligro de ser sofocada por las malas hierbas de nuestro corazón. Puede uno, pues, más aún debe prepararse, removiendo los obstáculos y creando ambiente que sea favorable a la recepción y brote del don de Dios.

Según S. Juan de la Cruz, lo que caracteriza la oración mística es un cierto amoroso acordarse de Dios; acordarse confusa, general, y pasivamente recibido. El príncipe de la Teología Mística dice continuamente y declara en términos bien explícitos que, si por una parte no conviene desear los éxtasis y otros favores extraordinarios, por otra nunca se apreciará, deseará y pedirá bastante esta unión amorosa con Dios, que constituye el fondo de la unión mística. De aquí fácilmente se comprenderá que, fundado en tal doctrina, el Santo no sepa de mejor preparación a la oración pasiva, que el habituarse a una atención amorosamente activa hacia el Divino Huésped de nuestro corazón. Insistimos de nuevo en el hecho de que un verdadero abismo separa la atención amorosamente activa de la atención amorosamente pasiva e infusa; y que este abismo sólo Dios puede salvarlo. Pero no es menos cierto que entre ambas atenciones existe una semejanza muy marcada. Pues como fácilmente se deja entender, el alma que tiene sus delicias en conversar con su Divino Huésped, experimenta sentimientos completamente en armonía con los que caracterizan a la oración sobrenatural; sentimientos que la disponen admirablemente a ésta y que le están, como si dijésemos, invitando a ello. La bondad de Dios, viendo al alma tan bien dispuesta, tan atenta, no se dejará vencer en generosidad y no permitirá que los gastos de esta intimidad amorosa corran siempre por cuenta suya. Pronto le hará oír, al principio raras veces, luego con más frecuencia, la respuesta divina, que, recibida pasivamente en el alma, constituye verdadera-

mente la oración mística. Y así insensiblemente guiada por la acción divina, la atención amorosamente activa del alma se trocará en la atención amorosamente pasiva e infusa de la oración sobrenatural.

Hasta aquí, por lo que hace al elemento positivo de la preparación. El elemento negativo consiste en eliminar los obstáculos. Ahora bien, para no mencionar más que uno, todos los autores concuerdan en reconocer que uno de los grandes impedimentos de la vida mística es la falta de recogimiento, la disipación del espíritu y del corazón. Bien conocida es la insistencia con que los grandes maestros, como Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz, etc., exigen que el alma esté desasida de todas las cosas creadas. Es necesario disciplinar perfectamente su entendimiento, memoria y voluntad. Es necesario represar su actividad natural y simplificarla en un dirigirse constante y amoroso a Dios. ¿Y qué otra cosa hace el alma penetrada de la grande realidad de un Dios presente en ella, sino tender como instintivamente a unificar todas sus energías y orientarse toda ella hacia Él? Consciente como está de poseer en sí una joya escondida de infinito precio, a ella dirige continuamente su pensamiento y su corazón. Todas sus potencias se encuentran en Dios, hacia Él se dirigen como atraídas por irresistible fuerza magnética; hacia Dios, cuya amabilidad las absorbe cada día más y más, al mismo paso que las criaturas, que aparecen más y más deleznable, son poco a poco relegadas al olvido. Todo lo que podría distraer y turbar al alma en el ejercicio de esta amorosa atención, que Dios le quiere conceder por medio de la oración mística, tiende a desaparecer. En cuanto depende del alma todo está a punto. Lo que queda le toca a Dios: el ayudarla con una larga purificación pasiva a simplificarse a sí misma y a espiritualizarse más y más. La dolorosa *noche del sentido* la envolverá para obrar en ella lo que por sí misma no puede conseguir.

Pero las ventajas de la devoción, a las Tres Divinas Personas, huéspedes del alma, no se reducen a esto sólo. Se extienden mucho más allá que la mera purificación de los sentidos. Cuando ha pasado por ésta, el alma experimenta frecuentemente este sentimiento especial, pasivo, de la presencia de Dios. Dios se hace sentir experimental y pasivamente y llama al alma a Sí... Algunos llegan a ver en este hecho una nota esencial y característica de toda oración mística. Sin ir tan lejos, es necesario reconocer que, en la práctica, el tal sentimiento es, con frecuencia, una señal, por la que se puede fácilmente juzgar de la presencia de oración verdaderamente sobrenatural. Y creemos que se puede dar por asentado el hecho de que muchos, sobre todo al principio de la época de transición, no llegan a tener conciencia de haber entrado en la vida mística más que por este sentimiento pasivo de la divina presencia en ellos.

Por lo dicho, fácilmente se comprenderá cuán útil sea inculcar ahincadamente la devoción a la presencia de Dios en nuestras almas. Muchas almas no ven en esta presencia más que una metáfora. ¡Cuánto se perjudican a sí mismas, pues que acaso es llegada la hora de Dios, en que se les invita a entrar en sí para conversar con Dios en la oración de recogimiento pasivo y de quietud! Él les hará gustar el sentimiento exquisito de su presencia, aunque de una manera débil al principio. Mas ¡ay! el alma no habituada a la profunda realidad de la presencia divina en sí, sino acostumbrada a imaginarse a Dios fuera de sí, acaso no dé la atención que se merece al sentimiento que experimenta. No estando advertida de ello, corre el peligro de no entender las invitaciones de Dios o, al menos, de no apreciar en su justo valor la perla preciosa y arrojarla a los puercos. Después de haber gozado por algún tiempo de la intimidad divina, quizás se disipará, se abajará a mendigar de nuevo las consolaciones de las criaturas y se hará indigna de ulteriores favores.

Consideremos, por el contrario, un alma que se haya penetrado, desde hace tiempo, de la doctrina de la habitación divina. Sin duda que habrá adquirido, gracias a su energía, ayudada siempre de la gracia, el hábito de conversar afectuosamente y en toda sencillez con su Amado;

sin duda que habrá conseguido la verdadera devoción al Huésped de su alma y del Tabernáculo. Dicha alma sentirá inmediatamente aun los toques místicos más delicados, saltará de gozo al menor sentimiento pasivo de la presencia de Dios. ¡Qué felicidad la suya! No solamente conoce, sino también experimenta -y ¡cuán sabrosa!- la presencia de su Amado. Rebosando gratitud y estima por tan gran bien, concentrará más y más sus esfuerzos en hacerse digna de nuevos favores.

Nadie negará el hecho de que muchas almas no llegan jamás a la oración mística y de que muchas otras no pasan de los grados más inferiores de oración, por falta de instrucción espiritual. El místico mejicano Godínez llega a decir que el noventa por ciento de las almas llamadas a la oración pasiva encuentran dificultades en la falta de buena dirección. Aunque esta afirmación sea exagerada, recuérdense, con todo, los anatemas de San Juan de la Cruz contra los directores ignorantes, que llevan siempre las almas a contramarcha de la acción divina y se empeñan en imponer el método discursivo a almas contemplativas. ¿Y no se puede añadir que muchos directores, aunque no lleguen a ser positivo obstáculo, no ayudan bastante al alma en su subida, frecuentemente penosa, hacia la contemplación infusa? Si ellos mismos estuviesen más penetrados de la presencia divina en el alma, comprenderían más fácilmente la repugnancia que muchas almas experimentan hacia la oración discursiva, cuando han llegado a los umbrales de la vida mística. Comprenderían entonces fácilmente el que tales almas dediquen una parte y aun toda su oración a la atención amorosa a Dios, presente en ellas, y puedan emplearse en lo que bien se ha llamado «oración de simple presencia». Tomaríanse como obligación propia el instruirse ellos mismos más y más, el vivir la teología e inculcar a los demás estas grandes verdades de la Fe, que son como la base de la vida mística. De esta manera, conducirían sin titubear muchas almas a la oración pasiva, inspirándoles sentimientos que las preparasen y haciendo brotar en ellas las requeridas disposiciones.

Lo que hemos dicho sobre el primer abrirse del alma a la vida mística, no es menos cierto por lo que concierne a ulteriores desenvolvimientos de esa misma vida. El místico es naturalmente inclinado a buscar a su Dios en sí. Aunque entienda mal la doctrina de la gracia santificante; aunque se imagine, como muchos, que la vida de Dios y su presencia en nosotros es algo metafórico, no puede menos de sentir a Dios en su alma, a lo menos de cuando en cuando. Y como dice San Francisco de Sales, así como las abejas retornan al panal, atraídas por la dulzura de la miel, de la misma manera gusta el alma mística de buscar a Dios en sí, sabiendo, como sabe por experiencia, cuán bien le va con Él. ¡Cuántos se entregarían con mucho más ahínco a este trato íntimo con Dios, si se les instruyese, si les hiciesen comprender que el Señor, presente en ellos, ve con pena que el alma se derrame al exterior! Santa Teresa nos cuenta en su autobiografía cuán grande fue su gozo cuando oyó, de labios de un confesor prudente e ilustrado, que Dios, a quien tantas veces había ella místicamente sentido, está de hecho y en toda verdad siempre presente en el alma por la gracia santificante. La teoría vino a confirmar la práctica, disipando de su alma muchas dudas sobre la sana orientación de su vida y oración mental. La misma ilustre contemplativa se lamentaba a menudo de que tantas almas de oración busquen a Dios lejos de sí, en un cielo muy distante, en lugar de buscarlo y encontrarlo fácilmente en su propio corazón. Y eso que la Santa hablaba sus fervorosas Carmelitas reformadas.

II. La gracia santificante y la identificación con Jesucristo

Hemos considerado hasta ahora lo que yo llamaría uno de los elementos estáticos de la gracia: la especial presencia de Dios en el alma, que ella produce. Pero la gracia tiene otros elementos, que podríamos llamar dinámicos: la vida y el crecimiento de Cristo en nosotros hasta la edad perfecta, según el modo de decir de S. Pablo. Dios está presente en nosotros, no solamente a la manera de un Huésped divino que recibe nuestro culto de adoración y de amor, sino principalmente para hacernos morir a nosotros mismos y vivir de Él, para transformarnos y divinizarnos. La vida divina comenzada en el Bautismo debería ir creciendo y desenvolviéndose sin cesar hasta el día de su completa efloración en la Gloria.

Y hemos de lleno en la maravillosa doctrina de San Pablo. Este era, ciertamente, el tema principal de su apostolado y de sus cartas. «Muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios» (Col. 3, 3). Por el Bautismo morimos a la vida natural, quedamos muertos con Cristo: «commortui», «consepulti», «conresuscitati». De allí nacemos hijos de Dios, Cristo está en nosotros para desarrollarse hasta la edad perfecta. Debemos revestirnos de Cristo: «*Induimini Dominum Nostrum Jesum Christum*, revestíos de N. S. Jesucristo. Habéis sido revestidos de Cristo» (Gal. 3, 27). Cada página del gran Apóstol nos habla de esta idea. «Hemos sido injertados en Cristo», y nuestra vida, de infecunda y estéril, se ha trocado en portadora de frutos de vida eterna. Pablo llega a exclamar: «Para mí vivir es Cristo y morir me es ganancia». Recuérdese, sobre todo, la célebre comparación de la cabeza y del cuerpo en su Epístola a los Corintios: «Así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y así como los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, no forman más que un solo cuerpo, así es en Cristo... Vosotros sois el cuerpo de, Cristo, vosotros sus miembros» (I Cor. 12, 12-17).

De muchas maneras se puede presentar esta doctrina de la Vida de Dios en nosotros y de nuestra incorporación con Cristo, doctrina verdaderamente fecunda desde el punto de vista espiritual. Cada modo de presentarla, cada punto de vista en que uno se coloque creará naturalmente una concepción algo distinta de la vida espiritual, concepción que coincidirá en el fondo siempre, aunque los matices de expresión sean distintos. Querríamos exponer aquí una manera de considerarla, poco común hasta ahora, por desgracia, y que, sin embargo, nos parece apropiada, más que ninguna otra, para transformar la vida y elevarla a alturas de vida unitiva insospechadas.

Cristo se encarnó por amor a su Padre Celestial. Vivió aquí abajo treinta y tres años, consagrados por completo a amarlo y glorificarlo. Drama inefable de amor divino, cuyo más patético episodio tuvo lugar en el Calvario. Pero Cristo resucitó; vive todavía. Su amor inmenso de Hombre-Dios no se extinguió en la tumba. Desborda los estrechos límites de la vida humana de Jesús. El «sitio» del Gólgota es sentido aún por Jesucristo glorificado. ¿Qué significa esto? ¿Significa, acaso, que Jesucristo se contentará solamente con amar a su Padre infinitamente en el cielo y en cada uno de los sagrarios? No; esto, por mucho que sea, no puede bastar a los ardores del amor de Cristo a su Padre. Quiso más. El gran amor de Cristo a su Padre se ha de continuar sobre la tierra. Porque Jesús, mediante su vida y su redención, se ha hecho un Cuerpo Místico, en el cual Él mismo sigue viviendo, amando y glorificando a su Padre. A fin de poder seguirle amando, se ha unido a nuevas naturalezas humanas, a millones de ellas, no ya hipostáticamente, es verdad; pero, no por eso con una unión menos real, sino muy íntima y maravillosa. El Cristo

completo es Cristo unido al conjunto inmenso de fieles que vivirán por siempre; el amor completo de Jesús es el amor del Corazón de Jesús unido al amor de millones de cristianos que amarán juntamente con Él y en Él hasta el fin del mundo. He aquí la obra maestra del amor divino. Esto sólo pudo contentar y apagar la sed infinita de amor de Cristo para con su Padre.

Jesús tiene, pues, todavía sed de amar a su Padre con locura; sed de amarlo no sólo con su misma vida, por divina que sea; no en su Corazón solo, por encendido que esté; se abraza en deseos de amarlo en millones de corazones y en millones de vidas hasta el fin de los tiempos. Su amor infinito desea expresarse y exhalarse infinitamente. ¿Qué quiere, pues, Jesús? Quiere corazones que se Le entreguen, que se Le abandonen y Le dejen satisfacer libremente, en ellos y por medio de ellos, su pasión infinita de amor divino.

A cada uno de nosotros, sus miembros, pide todo nuestro ser, nuestro cuerpo y nuestra alma con todas sus potencias, para asimilárselas, apropiárselas y vivir en todos su vida de amor a su Padre amadísimo. ¡Ah! no, treinta y tres años no Le bastaron. Desea, en su insaciable amor, amar todavía, trabajar todavía, sufrir todavía. Nos pide a cada uno de nosotros una naturaleza más de repuesto, según la bella expresión de Sor Isabel de la Trinidad. Nos dice: Hijo mío, dame tu corazón, para que en él y por él, unido a tu vida, Yo ame, o, mejor, amemos los dos ardientemente al Padre; dame tu boca para que juntos cantemos sus alabanzas; dame tu espíritu, tus ojos, tus manos, todo tu ser. Quiero en ti y por tu medio vivir como una segunda vida toda de amor, que sea como el complemento y prolongación de mi vida de Nazaret y de Palestina.

¡Oh grandezas inefables de la vida cristiana, grandezas insospechadas de tantas almas! ¡Oh deseos ardientes del Corazón de Jesús, tan poco conocidos aun de las almas generosas! El cristiano no es solamente él mismo, no es solamente hombre; es también algo de Jesús, es Jesús, es Dios por su incorporación con Cristo. Nuestra vida en cada uno de nosotros, no es tan sólo nuestra insignificante vida personal, con sus limitados horizontes, sino que tiene una significación mucho más alta. Ella es y debe ser, ante todo y sobre todo, la vida de Cristo en nosotros, la continuación de la vida de Jesús. Magnífico ideal, capaz de transformar y tornar sublime nuestra vida entera.

¿Qué hace falta, pues, para realizarla? Una sola cosa: en cada acción, en cada oración, en cada sufrimiento, en cada acto de amor pensar que somos Cristo, acordarnos de que Cristo quiere todavía obrar, orar, sufrir amar en nosotros. Entonces, como instintivamente, nos despojaremos de nuestros sentimientos desordenados y mezquinos, dispuestos a revestir los sentimientos de amplitud inmensa que animaban a Cristo en sus acciones, oraciones y sufrimientos en la tierra.

Entregarse a Jesucristo con una completa donación, para ser su fiel instrumento, dejarle libre sitio en nosotros, perder de algún modo hasta la propia personalidad en Él, no vivir más que por cuenta de Cristo y en su nombre, ver todo desde el punto de vista de Jesús; en una palabra, abandonarse a Él para dejarle vivir y crecer libremente y sin estorbos en nosotros hasta que seamos consumados en la unidad... he aquí un ideal y una espiritualidad grandiosa, que quisiéramos ver más propagadas; el ideal y la espiritualidad del grande Apóstol, de quien se ha podido decir: «*Cor Pauli, cor Christi*»; el corazón de Pablo es el Corazón de Cristo.

Pero aquí se impone una distinción importante. Nótese bien, so pena de amenguar considerablemente el sublime ideal en cuestión, que no se trata de entregarse a Cristo, para que Él, como que se abaje a nuestro plan y viva en nosotros *nuestra* vida; es necesario ofrecerse a Cristo, para que Él viva su vida en nosotros. A primera vista parece que estos dos aspectos se confunden, y, sin embargo, el segundo es infinitamente superior al primero y mucho más sublime. Un poco de reflexión hará comprender la diferencia. El alma que quiera identificarse con Cristo, no le invita a que se acomode a la propia pequeñez; no le pide solamente que se una a ella y, que en ella

obre, para ayudarla a vivir la propia vida de ella más pura y santamente; no se contenta con orar, sufrir y amar como al principio, aunque más intensamente y con una intención más pura.

Esto, de suyo, ya parece mucho, y sin embargo aún hay más. Y aquí es donde se palpa la influencia extraordinariamente transformativa de esta grande concepción. El alma piensa de otra manera, ama de otra manera, ora de otra manera. Porque lo que ella pide a Cristo es que Él viva en ella la vida de Él, y por cuenta de Él, no por cuenta de ella misma. Quiere que Jesús continúe su vida en ella, no que comience en ella una vida nueva, santa sin duda, pero estrecha, encerrada en los angostos límites de una criaturilla. Esta alma se ha despojado de sí misma, para dar sitio a Cristo, y sentirá ya al Corazón de Cristo latir en su pecho; es Cristo quien vivirá en adelante en ella la propia vida de Él. Todos los intereses, todas las miras, todos los amores, todos los deseos de Cristo son los suyos; amores e intereses grandes como el Universo y de una exquisita pureza de amor.

Resumiendo: la espiritualidad de que se trata no es una espiritualidad que solamente ayuda al alma, en su mejoramiento, a purificarse y encentrarse a sí misma; sino que la ayuda a salir de sí a dejar su punto de vista para colocarse en el de Jesús. Tiende a la sustitución del *yo* por *Jesús*.

Concepción quimérica, dirá alguno, casi quietista, y, en todo caso, demasiado sublime e impersonal, para que sea del agrado de almas que no sean de raros alientos. No por cierto. Sin duda que este modo de enfocar la vida espiritual es tan elevado, y pide tan continuo olvido de sí mismo, que, muchas veces, el alma quedará muy por debajo del ideal. Muchas veces tornará sobre sí misma. Creerá permitir a Cristo la libre expansión de la vida de Él en sí misma, cuando en realidad no, hará más que unirse a Cristo para vivir la vida de ella. En lugar del Corazón de Jesús, grande e inmenso, será su mezquino corazón el que animará su vida espiritual. Sin darse cuenta de ello, el alma vivirá frecuentemente, no en el plano superior, a saber, en el de Jesús, sino en el inferior, esto es, en el suyo. Los dos caminos se entrecruzarán, se mezclarán muchas veces; pero si él alma es fiel y se levanta cada vez, si no cesa de contemplar su ideal, si se esfuerza sin cesar en sustituir a Jesús por sí misma, llegará un día a la ansiada meta, Acabará por realizar, aun a precio de gracias muy especiales, tal vez, esa vida más divina que humana, ese comienzo de vida de cielo, la vida del mismo Cristo en ella. Entonces habrá realizado plenamente el dicho de San Pablo: «Vivo, pero no soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí»¹.

1 Creemos que no existe disposición mejor, ni más indispensable para una vida de identificación con Jesucristo que la adquisición preliminar de una verdadera devoción a Jesucristo. Huésped del corazón. Y así en la fase de práctica, las almas pasan ordinariamente por una fase de vida amorosamente íntima con Jesucristo presente en ellas, antes de soñar con una vida de identificación con Él. Vida de sencilla intimidad con Jesucristo, presente en nosotros, y vida de identificación con Él, no solamente presente, sino viviente y activo en nosotros, son como dos grados sucesivos de una vida de perfecta unión a Jesucristo. Por eso, al comienzo de este estudio, tratamos primeramente de la gracia santificante y de la presencia real de Jesucristo (y de la Trinidad toda) en el alma, antes de delinear nuestra síntesis de una vida de identificación con Jesucristo. Es interesante notar que, también en la vida propiamente mística, el alma experimenta primero el sentimiento infuso de la simple presencia de Jesucristo, y solamente después, a veces mucho tiempo después, el sentimiento de la vida de Jesucristo, de su acción transformadora.

III. Retrato de un alma identificada con Jesús

Querriamos ahora esbozar la psicología de un alma, cuya vida espiritual se resume toda en esta idea tan sencilla: «vivir con Jesús»; o, más bien, «dejar a Jesús vivir en mí». Este esbozo hará resaltar mejor que largos razonamientos las líneas principales de la fisonomía de tal alma.

En primer lugar, ¿en qué se convierte su oración, independientemente del estado místico en que se pueda encontrar?

Evidentemente, esta alma ya no ora por su propia cuenta, como antes; su oración ya no es oración suya, sino principalmente de Jesús. Podría decirse que es únicamente de Jesús. Bien sabe no ser ella la que ruega, sino su Amado el que ruega en ella. Y en esta disposición va ella a la oración. Con qué delicia dice ahora: «Padre nuestro que estás en los cielos». Ciertamente que Dios es para ella «nuestro» Padre, el Padre de su Jesús y el de ella misma. Instintivamente, ayudada como está por su Jesús, que vive en ella, llega poco a poco a reproducir la oración del Salvador, que ruega sobre la montaña. Se olvida de sí, olvida sus limitados intereses y los mezquinos sentimientos de otro tiempo, y su oración se dilata sin medida. Si adora, su adoración no es de la de una insignificante criatura, aunque tal es su realidad, sino la adoración inmensa que Jesús hace en ella, en su propio nombre, y en nombre de todo su Cuerpo Místico. Da gracias, con cierta infinitud, en Jesús y con Jesús, no sólo por los beneficios que ella misma ha recibido de Dios, sino por los que Dios prodiga sin límites sobre Jesús y sobre todos los miembros místicos de Jesús. De particular manera, ama a Dios por Jesús y, en nombre de Jesús, también por todos esos millones de hombres que no Le aman o que Le aman tan poco.

Claramente se deja entender, pues, que el alma que vive en nombre de Jesús, no está inclinada, como antes, a reparar en sí misma y a hacerse a sí misma el centro de su oración. Esta no se circunscribe, como antes, a la corrección de sus miserias y defectos; ya no consiste principalmente en pedir gracias para sí y para otros. Su dicha es ahora contemplar, saborear las perfecciones infinitas de su Dios, o de su amado Jesús. Le gusta perderse y olvidarse en una vista de las amabilidades de Dios, amorosamente admirativa y llena de deleites, como Jesús lo hacía en otro tiempo en su oración. ¿No son, acaso, estas perfecciones divinas su bien, su tesoro? ¿No es en ellas en donde encuentra principalmente sus complacencias?

¿Y en qué se ha convertido su oración a la Santísima Virgen? También aquí Jesús es quien ruega en ella. El alma lo siente y se acuerda de ello. Jesús le da sentimientos de hijo. Como en otro tiempo, mecido en los brazos de su madre, gustaba de acariciarla y abrazarla; así ahora, en el alma, la acaricia, la abraza o reposa amorosamente en sus brazos. Y María devuélvele sus caricias y sus besos, como lo hacía, en la tierra, a Jesús. Se hace al alma tan dulce, tan deliciosa, tan encantadora; se comunica tanto a ella, que el alma se siente transportada por momentos. ¡Qué vivamente se le presenta ahora María como su Madre, su verdadera Madre! Diríase realmente que María no había sido nada para ella antes; pero ahora, ¡ah!, ahora sí que es su verdadera Madre. Yo no conocía a mi Madre, se dice el alma, pero ahora la he encontrado, he encontrado a mi Madre.

He ahí algunos de los rasgos más salientes de la oración de esta alma. Pero, en realidad, su oración no se limita tan sólo a los ratos de meditación propiamente tal. Poco a poco, todo el día se transforma para ella en oración ininterrumpida. Consciente, como está, de la presencia y actuación de Jesús en ella, ¿cómo no acordarse sin cesar de Él? Teniendo, como tiene, horror a toda vida puramente personal suya, viviendo como vive únicamente para Jesús y en Jesús, ¿có-

mo no vivir también continuamente, o poco menos, con Jesús? En su ardiente amor se imagina que el no vivir con Jesús no es vivir para Jesús. Sólo su compañía da atractivo e interés a todas sus acciones, de cualquier clase que sean, y el deseo siempre activo de agradar en todo a su Amado no le permite estar por largo tiempo sin acordarse de Jesús. ¿Quién podrá explicar la profundidad y la ternura de su intimidad con Él? Todo lo hace en plena conformidad con su Amado; su mano la guía y sostiene en cada acción. Jesús mismo la ayuda poderosamente a conservar la memoria actual y la conciencia de Su presencia en ella. Le hace subir paso a paso a través de las diversas etapas de la oración y vida mística, regalándole el don de una «quietud activa», más y más frecuente y habitual. Pronto las ocupaciones más distractivas no la molestarán más; lo mejor de su corazón estará siempre unido actualmente al Maestro, y el alma llegará a no hallar casi diferencia entre las horas de oración y las de trabajo o recreo.

Ni es solamente con Jesús con quien el alma habita y se recrea sin cesar. Unida a Él, y en su nombre, conversa continuamente con el Padre y el Espíritu Santo. Con ellos trata con la mayor sencillez y sin ruido alguno de palabras. Su trato es como una mirada profunda de amor, una como orientación del alma de Jesús hacia Dios; orientación que en su silencio habla el lenguaje más elocuente. Cada hora del día, el alma ofrece al Padre las acciones, las plegarias, los sufrimientos, las aspiraciones amorosas, los deseos de que Jesús viva en ella, que son otras tantas expresiones de su amor hacia Él. Inadecuadas expresiones, cierto; harto amenguadas por la naturaleza misma de su ser, pero que bien sabe el alma ser muy agradables a Dios. De aquí proviene, que el alma guste particularmente de hacer ofrendas: se ofrece a sí misma sin cesar unida al Corazón de Jesús mismo, fuente inagotable de su amor. Ofrece, una tras otra, su incomparable pureza, su abnegación sin límites, su insondable humildad y todas las infinitas perfecciones del Salvador. Ofrécelas a Dios, para, en primer lugar, satisfacer los ardores inmensos de Jesús; luego, para reparar y como sepultar en abismos tan dilatados los pecados del mundo entero. Pero el alma se deleita principalmente en ofrecer a Dios el amor de Jesús muriendo en la cruz, el esfuerzo inaudito, la suprema prueba del amor del Corazón Divino. Con qué emoción y confianza puede el alma decir al Padre: «¡He aquí a mi Jesús muriendo por Vos! Os lo entrego. ¿Estáis satisfecho, Señor? ¿Es este amor suficiente? ¡Ah! ¡Mirad cómo os pide por el mundo entero! ¿Podéis, acaso, rehuir su amor sin darle oídos?» En pocas palabras podemos, pues, decir que el día entero del alma identificada con Jesús, más que una oración, es una ofrenda continuada, es como una perpetua misa. El Santo Sacrificio material, al cual se une, o el que quizás tiene la dicha de ofrecer, no es más que el punto culminante, el momento más concentrado de este perenne sacrificio.

Así el amor crece cada día en esta alma. Penetra toda su vida, todo su ser. Ya no se trata del amor mezquino y mezclado de egoísmo de sus años anteriores. Entonces, es cierto que el alma amaba a Dios sobre todas las cosas; pero junto a Dios se ponía a sí misma y se hacía en cierto modo independiente de Dios. ¿Cómo hubiese podido ratificar, vivir tal amor Jesús en ella, Él, que no ve, ni ama más que a su Padre en todas las cosas? Amor tan imperfecto no podía vivirlo Jesús. Por esta razón, ha hecho brillar en el alma su propio amor y sus propias miras. Y como el alma ama ahora con el mismo amor de Jesús, no puede dejar de sentir la fealdad de sí misma y desea perderse en su amado Señor. Como Jesús, y por razón de Él, ya no ama, pues, más que a Dios, a Dios solo. Todo lo demás, la Stma. Virgen, los Santos, el mundo entero, ya no le parecen más que manifestaciones de las amabilidades divinas. Dios es para ella toda la belleza de lo que es bello, toda la amabilidad de lo que es amable y atractivo, toda la santidad de lo que es puro y santo. A solo Dios ve y ama en las criaturas. Y lo que es aún más de admirar y que el alma no hubiese ni aun soñado en otros tiempos, su amor se ha purificado tanto que a solo Dios ve y ama

en sí. Animada y vivificada por Jesús sentiría ahora horror de posar su mirada, con egoísta complacencia en el *yo*, objeto de sus afectos de antaño. Dios es uno y lo es todo para esta alma. Y como ella reconoce en todas las cosas, por velado que en ella se halle al objeto de sus anhelos, su vida se exhala continuamente en efusiones de amor. Sí, Jesús ha hecho brillar su amor en ella y la ha hecho llegar al cuarto y último grado de amor de que habla San Bernardo, que consiste en no amar más que a Dios solo.

Decirnos que Jesús ama en esta alma. De aquí que el alma ame a Dios no solamente como su único bien, sino principalmente como a su bien, el bien propiísimo suyo. Tal amor es ciertamente unitivo, amor, como el amor con que Jesús ama a su Padre, El alma conoce que Dios está en ella, que le pertenece. Le posee, porque Jesús se lo ha dado, dándose a Sí mismo. Bien puede decirse: «*Deus meus et omnia*». «¡Oh Dios mío! sois todo mío, de verdad mío». Y es esto, sobre todo, lo que la embriaga de amor y de felicidad. Arroja lejos de sí sus harapos de mendiga. Las pretendidas virtudes de antaño, en las que se complacía secretamente, ahora las desprecia, y ni aún siquiera las mira a la cara. El alma se ha trocado en reina, y los tesoros de Cristo Rey son los suyos. Ama como su bien, como algo personal suyo, las amabilidades y perfecciones infinitas de Dios y de Jesús, su esposo. Jesús le dice: «Deja todos los mentidos tesoros de otro tiempo, déjate a ti sobre todo. Yo me entrego a ti. Todo lo que es mío es tuyo. Ámalo como propiedad tuya». Sublime e increíble cambio, propuesto y realizado por el inmenso amor de Cristo. Y el alma, ante tan inaudito exceso de amor, se encuentra como perdida. La que sabía amar antes, por repugnante que fuese, su propio yo, ese yo, úlcera viviente, ¿cómo no se derretirá de amor ahora ante las amabilidades infinitas que la atraen y arrebatan?

De suerte que el alma ya no se entristece más viendo las imperfecciones y debilidades de su naturaleza. En otros tiempos soñaba con curar estas miserias, en cambiar poco a poco todo esto, para embellecerse a sí misma con belleza que fuese obra suya, en la que se pudiese complacer secretamente. Pero en vez de esta imperfecta belleza en que soñaba, Dios le ha dado su propia hermosura. Esta inefable belleza la transporta y comunica increíbles arrebatos de amor.

El verdadero amor es un darse a sí mismo. Tanto ama uno, cuanto se entrega, y sólo ama perfectamente cuando perfectamente se entrega. Y esta es la razón, como muy atinadamente ha observado Monseñor Gay en páginas inolvidables, de que la cima del amor es la vida de entregamiento. ¿Y en qué precisamente consiste esta vida de entregamiento, que es superior al deseo de padecer, superior a todo? Consiste en la donación completa, definitiva de sí, y esto, como efecto de un ardiente amor. Uno se entrega, se da; o, mejor aún, hace más: se pone el alma en las manos de su Amado, para ser algo suyo. ¿Y no es esto, por ventura, lo que hace el alma, cuyo ideal es identificarse con Jesucristo y fusionarse con Él? Su vida entera no es más que un perpetuo entregamiento a Él. No querría por nada en este mundo tener conscientemente un sólo deseo, un sólo temor, una sola pena que no sean los de Jesús en ella. Se deshace toda en deseos de desaparecer, de ser sustituida por Jesús. Cada instante es como una donación. entera de sí, cada acción como una efusión de sí y un entrar más y más adentro de la vida de su divino Amigo. A cada instante su voluntad se encuentra y abraza con la de Jesús, y en ese perpetuo abrazo se desliza su vida. ¡Sublime vida y preludio de la vida del cielo! Feliz el alma que de tal suerte ha salido de sí misma, porque ha alcanzado lo que bien se llama el «éxtasis espiritual». ¿Qué importa ahora que sea o no favorecida con el éxtasis corporal? Porque, de suyo, el alma ya se halla preparada a la transformación final en Jesús, al insigne favor de «la unión transformante».

El alma ha escalado ciertamente la cima más alta de amor, y su vida no podrá ser otra cosa en adelante que un continuado languidecer de amor. Está enamorada de Dios irrevocablemente y sólo la visión beatífica podrá saciarla. «*Caritas Dei urget nos*». El amor encendidísimo de Cristo

a su Padre la invade, ha hecho vibrar todas las fibras de su ser y no la dejará reposo alguno. «*Vulnerasti cor meum in uno crine colli tui*»: las perfecciones divinas, atisbadas de cuando en cuando, han abierto en su corazón herida que no curará. Porque nunca podrá amar a Dios, infinitamente amable, según los deseos de su corazón. Su amor será para ella su Calvario y su Tabor, su más aguda pena y su deleite más exquisito. Minada por la fiebre de su amor, exclamará con frecuencia con Santa Teresa: «Muero porque no muero».

¿Quién acertará a describir la humildad del alma que vive en nombre de Jesús? Porque ¿qué otra cosa es la verdadera humildad sino el amor de Dios hasta el desprecio de sí? ¿Y qué otro es el deseo de todos los días de su vida, sino ser nada y dejar a Jesús serlo todo en ella? Desde el día en que se propuso sustituir su vida por la vida de Jesús, identificarse con Jesús, no ha conocido otra ambición, ni más ideal. De una vez para siempre, se entregó a la humildad. No ser nada ni contar consigo para nada, es su más deleitosa alegría.

De esta suerte, el alma aprende, mejor que cualquier otra lección, el secreto de la verdadera «humildad de corazón». Cada nueva revelación de su miseria natural, de sus defectos, en lugar de turbarla, la deja tranquila y feliz. Ama y alaba a Dios por las miserias que permite en ella. ¿No hace, acaso, su pobreza resaltar más la amabilidad infinita de Dios? ¿Y no queda así el Amado de su alma gloriosamente vengado por la gloria de que hubiera querido privarle su vanidad o su secreta complacencia en sí misma? ¿No es precisamente la felicidad de ella el ver que Dios es todo y lo demás nada; que, fuera de Dios, toda criatura es la nada de sí? Si alguna cosa pudiese turbarla sería el saber que Dios no es todo, que a su lado hay algo independiente de Él, por insignificante que sea. Pero bien sabe ella que esto es imposible. Su gozo y su gloria es el infinito y eterno triunfo de Dios, del Ser y del Bien, sobre la nada y el mal.

Porque, si el alma ha renunciado a su propia gloria, es para enriquecerse infinitamente. Considera como suya la gloria del Altísimo. La gloria infinita e inmanente de la adorable Trinidad, la gloria que dan a Dios el Salvador, las legiones innumerables de Ángeles y Santos, los justos de este mundo; ésa es su gloria, eso es lo que la infunde alientos, en eso tiene ahora sus alegrías íntimas. En comparación con tal gloria, las alabanzas que los hombres puedan darle, le parecen burlescas apreciaciones.

El alma llega a ser como naturalmente humilde, porque nadie como ella siente su pobreza y sus miserias. Su programa de acción es dejar vivir a Jesucristo sin ninguna traba, dejarle vivir en ella su humildad profunda, su caridad exquisita, su perfecto olvido de Sí mismo, ¡Cuán lejos está de realizar tal programa! ¡Cuántas veces cada día el vil yo vuelve a aparecer a flote! ¡Cuántas veces el alma sustituye a Jesucristo! El continuo darse cuenta de que Jesús vive en ella, le hace reparar en seguida en cualquier intento de vida propia y meramente natural, le da como una especie de intuición de lo que no cuadra con su vida, de lo que «no es Jesucristo» en ella y en manera alguna lo puede ser. Más que por largos exámenes, el alma ve y siente enseguida que Jesucristo no ha vivido, no podía haber vivido tal y tal pensamiento de vanidad que ha apuntado apenas en tal ocasión, tal y tal buscarse a sí casi inconsciente, tal y tal impaciencia, que no parece más que puramente fisiológica. Es que su vida, su respiración es ser «de Cristo» llana y sencillamente. «*Mihi vivere Christus est*». Bien sabe el alma que Jesús sirve en ella, que ella no es otra cosa que el incesante himno de amor de Jesucristo a su Padre, himno al cual, por desgracia, ella añade tantas notas discordantes.

Y, con todo, por bien conocida que tenga el alma su inmensa pobreza, no por eso deja de desbordarle, en ella la confianza en su Padre celestial. O, más bien, precisamente porque se siente tan pobre en sí, tiene tanta confianza en Dios. Tiempo ha que en absoluto desconfía de sí misma. Toda confianza en sus propias virtudes, confianza que es el grande enemigo, el bochorno

de la confianza en Dios, ha desaparecido de ella. No espera nada de sí misma, todo lo espera de Dios. Todo, porque ha llegado a sentir muy vivamente la infinita bondad de Dios, tan distinta de todas las bondades de la tierra, tan amorosamente condescendiente para todo lo que existe de más bajo y pobre,

El alma espera siempre; sobre todo, porque no se siente sola. Nunca acude sola a su Padre celestial, sino siempre con Jesucristo. Con Él, el alma está segura de ser bien recibida y amorosamente abrazada. ¿Que no es más que una mendiga cubierta de harapos? ¿Qué importa? Ella ofrece al Rey del cielo, con una confianza ilimitada, los méritos infinitos de Jesucristo, en los cuales ha sumergido todas sus miserias y deméritos. Le ofrece, con plena seguridad de ser bien acogida, el fragante y hermosísimo ramillete de todas las virtudes de su Esposo, y en él procura esconder los cardos de sus propias rastreras virtudes. Le ofrece, en fin y principalmente, el Corazón infinitamente amable e infinitamente amante de Jesús, joyel de inefable valor; Corazón al cual se ha unido ella en verdadera fusión de amor, y con el cual puede conseguir sus deseos de amar al Padre infinitamente. Si desea conseguir algo de Dios, bien sabe de antemano que sus deseos serán escuchados. ¿No es el mismo Señor quien dijo: «Todo lo que pidáis a mi Padre en mi nombre os lo concederá? Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid para que vuestra alegría sea completa». ¿Cómo no conseguir, pues, lo que pide? El mismo Jesucristo, objeto de las eternas complacencias del Padre, es el que Le ruega por ella. Negarle algo a ella, sería negárselo a Jesucristo. Ella se merece, como otras almas, el reproche de Jesucristo, pues que no sabe lo que es acudir a Dios, si no es en el nombre de su Hijo. Ha tiempo que no solamente todas sus oraciones, sino aún su vida entera, todo lo que el alma hace, lo hace en nombre de Cristo.

Digamos ahora algo sobre la grandeza de espíritu que adquiere el alma identificada de esta manera con Jesucristo. Por lo que precede, ya se deja entender de alguna manera cómo los horizontes del alma se han ensanchado y ennoblecido. Desde el día en que ella comenzó a vivir por cuenta de Jesús, nuevos e inmensos horizontes se han abierto ante sus ojos. Gusano de luz, tan solo podía ver antes el cortísimo trecho iluminado por su débil fosforescencia. Ahora es la luz del sol: todo es luz meridiana, todo se ha agrandado. Un mundo nuevo ha surgido para ella, todo envuelto en claridades de cielo. Ve las cosas desde el punto de vista de Jesús y como Él. Sus egoístas interesillos han trocado en los de Jesús. Su corazón se ha hecho grande como el Universo. Reina es ella del vasto Universo, que le pertenece en Jesucristo. Su influencia se extiende hasta los extremos de este inmenso mundo por el que circula la vida de Jesucristo, y sabe que, por Él, puede ella contribuir a la santificación, aun de los que pueblan sus más ignoradas regiones. Unida a Jesucristo y a todo su Cuerpo Místico, no tiene más que un sólo corazón; pero siente ahora en su pecho como millones de corazones, que desearía ver palpitar de amor divino; posee millares de vidas que ofrecer a la transformadora acción de Dios. ¡Ah! cómo rebosa su corazón de alegría, al pensar que de tal manera se puede centuplicar, amar a Dios en tantos millones de corazones y apagar así algún tanto su sed de amor. Pero ¡qué fuente de sufrimientos también, y cómo exclama con el Apóstol: «¡Hijitos míos amadísimos, a quienes en medio del dolor he engendrado a Cristo! »

¿Es necesario aún, después de todo lo que va dicho, hacer notar que el alma entregada a Jesucristo y viviendo en su nombre es feliz? ¿Quién puede describir la alegría del prisionero, que por largos años se ha visto olvidado en oscuro calabozo y a quien se devuelve, en hora completamente inesperada, la ansiada libertad? El alma que antes era esclava de una vida demasiado personal, encerrada en los angostos límites de una espiritualidad demasiado estrecha, demasiado «subjetiva», ahora goza del aire puro del sol del mundo, Jesucristo. Se ahogaba antes; ahora sus pulmo-

nes beben a raudales el ambiente vivificador, su corazón late vigorosa y alegremente. Vive una vida inmensa, la misma vida de Jesucristo. Agradar a Dios, regocijar al Padre celestial haciendo esto, complacer al amado Jesús, ¿no es ahora como la respiración de esa alma? Tal alegría nunca le fallará: es y será siempre feliz, porque, a pesar de sus miserias, puede siempre agradar a su Dios en Jesucristo.

Hay un gozo del alma infinitamente delicado y sublime, demasiado poco conocida aún por almas fervientes. El gozo exquisito, la íntima alegría de odiarse y despreciarse. Gozo conocido solamente de los en él iniciados, de los amadores de Dios. Este gozo es bien conocido del alma identificada con Jesucristo. Su Amado la ha cautivado de tal suerte con las amabilidades de su Padre, que todo lo demás le parece feo y despreciable. Y esta fealdad que, por contraste, hace tanto resaltar la belleza de su Dios, hace la felicidad de ella. En su pasión de amor a Dios se regocija de verse tan fea y llena de defectos, y lo que hace gemir a las almas mediocres y demasiado replegadas en sí mismas, ha llegado a ser para ella una fuente de íntima alegría.

Pero el más esencial y fundamental gozo de esta alma, hay que irlo a buscar más arriba aún, en Dios mismo. El amor de Jesucristo que devora su corazón la ha unido estrechamente a Dios. Dios ha tomado posesión en su corazón, de su yo, y se le ha convertido al alma como en otro yo. Dios, sus infinitas perfecciones, su Belleza, su Bondad, su Poder, su Sabiduría, su Inmortalidad, su Felicidad infinita: he ahí también la felicidad de ella. ¡Dios es Dios!

Esta alegría suprema de los santos ha llegado a ser su alegría más pura, y la encuentra por doquiera. En cada criatura halla una radiación de esa alegría. Todo lo que la rodea, le parece lleno, hasta desbordar, del amor y de la felicidad de Dios. De suerte que el alma bebe a grandes tragos esta felicidad de su Padre Celestial, y en todo la saborea, pero particularmente en esta naturaleza tan espléndida, que no puede dejar de contemplar continuamente con amor y en la cual cada flor, cada hierbecilla, cada insecto, le dan voces diciendo: «Mira ¡cuán hermoso, grande y feliz es Dios!»

Y esta alegría suprema del alma es tan inmutable como la de Dios mismo. En adelante, nada puede turbar su paz y su felicidad, porque está colocada muy alto, encima de los sombríos nubarrones de las humanas vicisitudes, en la serena región de las perfecciones, divinas. Su felicidad se identifica con la felicidad de Dios mismo. El alma no puede ser conmovida en su felicidad, porque sabe que su Dios es infinitamente feliz con una felicidad que no puede conmover vicisitud alguna. Podrá sufrir mucho acaso, estar quizás clavada a un lecho de dolor; sentir el hedor de sus propias miserias y contemplar el triunfo del vicio a su alrededor. Todo esto no rizará siquiera la límpida superficie del lago profundo de su felicidad. Dios, a quien ella se ha como identificado, es feliz. Esto le basta: «*Sufficit mihi si Deus meus vivit*».

IV Ventajas de una espiritualidad de identificación con Jesucristo

Hemos tanteado esbozar las líneas principales en el retrato de un alma, cuya espiritualidad se resume en identificarse con Jesucristo. Una cosa aparece, clara en el esbozo, y es que en tal alma todas las virtudes revisten un carácter marcadamente de vía unitiva. Antes se nutría el alma de sentimientos más bien propios a las vías purgativa e iluminativa. Ahora otros son los sentimientos que hace vibrar su corazón, sentimientos más puros y más nobles, fundados en la conciencia clara de ser una con Jesucristo, de que todos los bienes de Jesucristo son suyos, de que todas las perfecciones de Dios son suyas. Jesucristo le ha infundido su amor unitivo, ama con el amor mismo de Jesucristo y todas sus virtudes han sentido una feliz repercusión. Su oración, como hemos visto, consiste ahora principalmente en contemplar amorosamente las perfecciones divinas y en deleitarse en ellas. Su amor, como también hemos observado, no solamente le hace amar a Dios, sino que le hace amarlo como a su propio bien. Goza deleitosamente de Dios. Y ésta es la razón de por qué su felicidad consiste menos en servir y agradar a Dios -felicidad en cierto sentido demasiado subjetiva- que en gozarse de la felicidad misma de Dios. Todo, en la vida y en la naturaleza, la alegra, porque todo le habla de la grandeza, belleza, sabiduría y felicidad divinas. Su humildad está toda hecha también de amor unitivo. Se desprecia con alegría y se tiene en nada porque Dios le es todo.

Todos sus sentimientos son característicos de la vida unitiva. Pero, además, son nuevos para el alma. Lo que extraña a los que son admitidos por algún tiempo a esta espiritualidad de identificación con Jesucristo, es un no sé qué aire de novedad en que se encuentran. Muchas veces, al cabo de algunos meses, ya les parece que su vida se ha metamorfoseado en otra. Todo ha cambiado de aspecto a sus ojos; todo les parece sublime, divino. Tienen la impresión de estar bañados, abismados en lo grandioso. Algo así como el alpinista audaz que, después de haber escalado montaña tras montaña, después de franquear glacial tras glacial y de haber flanqueado espantosos precipicios, ve de repente, desde la cima de algún pico, abrirse ante su vista un panorama magnífico.

Este aire de novedad proviene precisamente del carácter unitivo de la espiritualidad de que tratamos. Los sentimientos que experimenta el alma son en gran parte nuevos para ella. No los barruntaba antes cuando recorría la vía iluminativa. ¿Que es de extrañar? Regocijarse con Jesucristo de la felicidad infinita de Dios o de la Santísima Virgen; consolarse en los sufrimientos y aún en las imperfecciones y faltas con el pensamiento de que valemos tan poco; decir: «Dios es feliz. Dios es Dios, esto basta para mi felicidad»; buscar complacencias no ya en sí o en las alabanzas de los hombres, sino en la gloria infinita que cada Persona de la Santísima Trinidad da a las otras; alegrarse con Jesucristo intensa y largamente de la belleza de nuestro Padre Celestial, de su amabilidad, de su Poder, de su Sabiduría, etc.; gozarse verdaderamente de cada una de las divinas perfecciones, amándolas como si fuesen nuestras; henchirse de felicidad al sólo pensar que Dios, nuestro Padre, es infinitamente amado por Jesucristo y recíprocamente; abrazar amorosamente a Jesucristo y darle gracias de que ame tanto a su Padre y a la Stma. Virgen; vivir, en fin, la dicha de Dios en la naturaleza, que tanto nos habla de Él: todos estos son sentimientos de que se trata bien poco en las instrucciones espirituales. Raramente se los encuentra, y aun enton-

ces apenas esbozados, en los manuales de meditaciones. Lo que se suele sugerir, casi invariablemente, son pensamientos y afectos en armonía con la vía purgativa e iluminativa, pensamientos y afectos casi siempre orientados hacia la corrección de faltas o la adquisición de alguna determinada virtud. Las espiritualidades corrientes, *a lo menos tal como se nos las presenta*, están con frecuencia en demasiada función con el alma, son demasiado «autocéntricas», si así se puede decir. Deberían ser más bien «Cristocéntricas» o «Teocéntricas» ¡Cuánto se ganaría en pararse menos en el punto de vista del alma y en situarse por completo en el punto de vista de Dios! ¡Cuán provechoso sería hacer, a lo menos de cuando en cuando, una escapada a las regiones de la santidad y mostrar que allá arriba, sobre las nubes y las tormentas, hay cimas que escalar, de incomparable belleza y donde el aire es más fino y el amor más puro!

Pero vayamos un poco más al fondo de las cosas. Decimos que una espiritualidad de asimilación a Jesucristo, no solamente favorece sentimientos en armonía con la vía unitiva, sino que en cierta manera establece al alma sobre base segura en ella. ¿Y cuál es la causa? Es que la hace renunciar desde el principio, a toda vida propia, para que no viva más que la vida de Cristo. Exige el despojo absoluto de todo lo que en el alma se opone a la unificación, a la identificación con Jesucristo. Según la doctrina de los grandes maestros, Sto. Tomás, Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz, el alma se halla definitivamente asentada en la vía unitiva, cuando ya no le queda ningún apego voluntario; cuando su querer de tal manera se ha fusionado con el querer divino, que ya no tiene más querer propio. La unión del alma con Dios supone la fusión de dos voluntades en una sola. Entonces el alma no conoce, a lo menos voluntariamente, ni alegrías, ni penas, ni temores, ni esperanzas mera mente personales. No quiere admitir más que los pensamientos y las voluntades de Dios en ella. He aquí el carácter de la vida unitiva. Y lo que hace como el fondo de este carácter ¿no es precisamente el despojo absoluto del alma para revestirse de Jesucristo? El alma aparece en ese cuadro, ya desde los principios, orientada hacia este ideal: empequeñecerse, morir, no ser ya nada, para que Cristo lo sea todo en ella. «*Oportet illum crescere, me autem minui*». Lo que desea ella con todas sus fuerzas, aquello a cuyo alrededor giran todos sus pensamientos, todos sus afectos, es este renunciamiento a todo querer propio, a toda vida propia para no vivir ni querer ser más que lo que Cristo quiera ser en ella. «*Christianus alter Christus*». Sí, ella sabe que es un Cristo en formación, y que la santidad de ella se limita a hacerle más y más sitio a Él, hasta que el alma llegue a ser como la hostia del tabernáculo, que guarde las apariencias humanas, pero que sea en el interior toda divina, estando toda identificada con Jesucristo, toda transformada en Él.

Esta concepción de la vida espiritual tiene todavía otras ventajas y, en primer lugar, es de una maravillosa sencillez. Imposible encontrar una espiritualidad más una y más simple a la vez. Todo el programa del alma está condensado y concentrado en una idea principal, que es, al mismo tiempo, un ideal magnífico: «Renúnciate a ti para dejar a Cristo vivir enteramente en ti. A cada hora, en cada acción, dite a ti misma: «*Vivo, jam non ego; Vivit vero in me Christus*». No quiero yo vivir esto, sino que Cristo lo viva en mí». Esta sola idea abarca la práctica de todas las virtudes; práctica tanto más perfecta, cuanto que añade a cada acto de virtud un motivo de amor. No le hacen falta a esta alma largos razonamientos para excitarse a la paciencia, a la humildad, a la caridad, al olvido de sí. La sola conciencia de la presencia de su Amado en ella, su solo recuerdo le basta. Antes su espiritualidad era más complicada. Gustaba de aquellos tratados espirituales que se extienden profusamente, hasta perderla de vista, en consideraciones sobre las ventajas y la belleza de tal virtud, los peligros del vicio opuesto, etc., tratados de los cuales Santa Teresita del Niño Jesús solía decir, que podían ser, buenos para otros; pero que ella no sentía hacia ellos simpatía alguna. El alma se estimulaba a la perfección por medio de una imitación de

Jesucristo, que yo llamaría una imitación «*ab extra*». Jesucristo era un modelo fuera de ella, del que se ingeniaba en reproducir las virtudes divinas, un poco a la manera que el pintor copia el objeto en su lienzo. La imitación así concebida, tiene un no sé qué de frío y empañado. Pero ahora Jesucristo es cosa completamente distinta para el alma. Imitar a Jesucristo no es sólo copiarlo, sino hacerse, ser Jesucristo. No es solamente transportar y reproducir en sí las líneas del modelo amado, sino dejar a Jesucristo mismo crecer en el alma, reproducirse, en ella. Es una imitación «*ab intra*». No se trata de hacerse semejante a Jesucristo, sino de convertirse en Jesucristo, Dios-Hombre. ¡Ah, cuánto más sublime es este método, cuánto más consolador y lleno, de atractivo! El alma se consume en un deseo ardiente de ver desaparecer y morir el repugnante yo, para dejar a Jesucristo reproducir en ella sus virtudes divinas. No tiene necesidad de grandes consideraciones para excitarse al penoso ejercicio de esta virtud. Convertirse en Jesucristo totalmente es el solo pensamiento que la fascina y la hace, pronta a todo.

Convertirse así en Jesucristo, transformarse en, Él, ¡qué ideal para una pobre criatura! Ideal aptísimo para cautivar un alma generosa y conducirla a la más alta perfección. Ideal excelente, sobre todo, para toda alma de sacerdote. Porque, si hay alguno a quien su mismo género de vida y su vocación parecen señalarlo para una vida de identificación con Jesucristo, ¿no es verdaderamente el sacerdote? Exteriormente su vida es la de Cristo Jesús. Todos sus ministerios oficiales, la misa, la administración de sacramentos, las oraciones litúrgicas, ¿no son acaso una vida vivida en nombre de Cristo? Todo sacerdote fiel a su vocación sublime, asentirá fácilmente a esto. ¿Por qué no aspirar, pues, a conformar su vida interior con su vida exterior? ¿Cómo no desear con toda el alma revestirse de Jesucristo lo más plenamente posible; ser también Cristo «por dentro»; llegar a ser, como frecuentemente decimos, semejante a la hostia que cada mañana él transforma en Cristo? Una espiritualidad que resume y sintetiza toda la vida en esta transformación en Jesucristo, en esta identificación a Él, ¿puede dejar de hacer impresión en el alma de un sacerdote? Parece cierto ser ésta la espiritualidad por excelencia de toda alma sacerdotal.

Nos quejamos con frecuencia de la escasez de hombres verdaderamente de Dios. Muchos sacerdotes, religiosos y religiosas, que al principio parecían mostrar las más risueñas esperanzas, luego parece como si hiciesen alto en sitio más o menos avanzado del camino, sin que jamás lleguen a conseguir la perfección. Si se investigan las causas, quizás se hallarán, a lo menos parcialmente, en la espiritualidad que se les enseña. No hay por qué ocultarlo, ciertas espiritualidades parecen pararse en el umbral de la vida unitiva. Han ayudado al alma a purificarse, a adquirir las virtudes cristianas hasta un cierto grado, la han hecho ganar las etapas de la vida purgativa e iluminativa. Pero deberían llevar más adelante, *ad excelsiora*, conducir el alma abiertamente afuera de sí misma y hacerla vivir, sobre todo, de unión. Si se quiere enseñarle a no pararse en sí, hay que enseñarle a gozar de Dios. Hay que iniciarla, al menos en cierto grado, en la vida de unión. Pero, desgraciadamente, tales espiritualidades sólo llegan a tocar los límites de la vida unitiva. Tienen un carácter demasiado negativo quizás, y lo que se necesita ahora para entusiasmar al alma y llevarla hasta la cumbre es algo más positivo, un ideal noble y sublime. Por carecer de tal ideal, muchas almas se van parando poco a poco en su carrera y terminan por quedarse, poco a poco, más o menos estancadas. Si se les hubiera propuesto, o al menos hecho vislumbrar, en este momento crítico de su vida espiritual, según las grandes ideas de S. Pablo, una vida en nombre de Cristo, hubiese habido muchas probabilidades de conducir a la santidad al menos a las más generosas entre ellas.

Recomendaríamos, pues, estas espiritualidades. tan paulinas, como complemento de otras espiritualidades. Muchas de ellas ganarían inmensamente, si fuesen completadas por una espiritualidad unitiva. Son buenas en sí, pero se paran, como si dijésemos, a medio camino de la santi-

dad. Juntas a una espiritualidad de unión con Jesucristo, se convertirían en instrumentos bien distintos en poder santificador.

Uno de los grandes escollos de la santidad, escollo que se encuentra aún en las fronteras de la santidad, es la demasiada preocupación de sí mismo. Muchas almas generosas y avanzadas ya en el camino de la perfección no llegan jamás a la meta porque están demasiado replegadas en sí. Piensan demasiado en sí mismas, se analizan en exceso, se reprenden demasiado sus infidelidades, se preocupan demasiado de su adelanto espiritual. Sin duda que todo ello es efecto de su celo por la perfección, de su amor de Dios; pero este amor no es aún bastante puro. ¡Cuánto ganarían estas almas si pensasen menos en sí y más en Dios! (En este sentido hay que entender la frase un poco paradójica del P. Condren: «Huye, como del infierno, de la consideración de ti mismo y de tus pecados»). Deberían aplicarse las palabras de Nuestro Señor a Santa Margarita María: «Olvídate enteramente, y Yo me haré cargo de ti». Olvidarse enteramente es el gran arte. Y este arte tan difícil es aprendido, sin darse cuenta casi, por el alma que se decide a vivir de Jesucristo. La absorbente ocupación de esta alma es dejar a Jesucristo vivir en ella las alegrías, las esperanzas, los amores de Él. Se olvida de intereses e ideas propias, para entrar de lleno en los intereses de Jesucristo, y se olvida a sí, como naturalmente, casi sin pensarlo. No queda sitio en su vida espiritual para ansiedades exageradas sobre sus intereses, aun espirituales. El alma no se contempla a sí, porque únicamente contempla a Jesucristo. Y esto es sumamente, precioso, particularmente a aquellas almas fervorosas y privilegiadas a quienes Dios llena de sus gracias, porque ¡son tan tentadas a contemplarse un poco inconscientemente, a alimentar sin saberlo cierta secreta complacencia en los dones recibidos!

Debemos decir algo también sobre las relaciones de esta espiritualidad con la oración y vida mística. Hemos indicado más arriba que tal espiritualidad tenía un carácter muy marcado de vida unitiva y que era eminentemente apropiada para desarrollarla. Pero la vida unitiva supone, normalmente hablando, la vida mística y en un grado bastante elevado. Creemos, con la escuela del P. Garrigou-Lagrange, P. Arinterro, P. Lamballe y otros teólogos, cada día más numerosos, que el desenvolvimiento completo y perfecto de la vida espiritual supone normalmente los dones místicos más elevados, incluso el matrimonio espiritual o unión transformadora, meta ordinaria de la perfección cristiana. Si la cosa es así, bien se puede decir a priori que una espiritualidad de identificación con Jesucristo, por el hecho mismo de que favorece el nacimiento y desarrollo de la vida unitiva, impregnando el alma de sentimientos e ideas propias de esta vida, ha de favorecer también ipso facto el nacimiento de la vida y oración místicas, que la vida unitiva presupone de ordinario.

La influencia de esta espiritualidad en la vida mística aparecerá más clara, si consideramos ésta en cuanto que su desenvolvimiento implica una idea de pasividad cada día mayor y de docilidad más y más perfecta a los impulsos del Espíritu Santo. La oración y la vida místicas tienden a dar más y más lugar a la acción de Dios en nosotros, tanto en la contemplación como en la acción. El influjo de Dios se deja sentir de una manera infusa y cada vez más perceptible, al paso que el alma se ha más y más pasivamente. Dios llega a ser el principal agente, y el papel del alma consiste en seguir la impulsión divina, en obedecerla. En una palabra, Dios quiere transformarla, sustituyendo la vida y actividad de Él a la del alma. Quiere llegar a serlo todo para el alma, ser el solo Amo, y por esta razón comunica gracias místicas cada vez más preciosas, por medio de las cuales Su vida y actividad se hacen sentir más y más penetrantes. ¿No es este programa de Dios exactamente el del alma, que procura identificarse con Jesucristo? También ella. no busca otra cosa que achicarse, perderse, llegar a ser un mero instrumento de Cristo: «*Oportet illum crescere, me autem minui*». Su ideal es el «*Vivo, jam non ego, vivit vero in me Christus* ».

¿Qué disposición puede haber más favorable al desenvolvimiento de la vida y oración místicas? ¿A qué alturas de esta vida no llegará un alma cuyas aspiraciones todas, cuyo ideal, cuyos esfuerzos, se confunden con el fin constantemente perseguido por Dios? Semejante alma no retarda su paso siguiendo tal o cual virtud de su elección, o prefiriendo tales condiciones de apostolado, que no entran quizás en el plan de Dios. No se apega a tal o cual consolación divina, a algún determinado don divino. Toda su vida espiritual se resume en estar atenta y ser fácil a la acción de Dios, en seguir todas sus direcciones a fin de desaparecer, y hacer que Cristo lo sea todo en ella. Su virtud predilecta no es ni la humildad, ni la mortificación, ni alguna otra particular virtud, sino una virtud que las abraza todas: la amorosa docilidad al Huésped de su corazón. Y esta misma expresión: docilidad amorosa ¿no evoca en seguida la idea de los dones del Espíritu Santo? Por consiguiente, bien se puede decir que la espiritualidad en cuestión favorece singularmente el desenvolvimiento e irradiación de los dones del Espíritu Santo, que son los grandes factores de la vida mística, y cuya acción consiste principalmente en hacer al alma más dócilmente amorosa y más amorosamente dócil a las menores insinuaciones divinas.

En resumen, los esfuerzos de Dios y del alma van en la misma dirección. La acción mística de Dios coincide con la acción del alma. Ningún tropiezo, pues, en la marcha hacia la perfección, nada de andanzas inútiles en direcciones extraviadas. Nada de perdido. El dicho del Apóstol se verifica plenamente en esta alma: «*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*: Todo contribuye al bien de aquellos que aman a Dios».

Si consideramos las cosas desde el punto de vista psicológico, la espiritualidad de que tratamos y la vida mística deben necesariamente influenciarse la una a la otra. Por un lado, fácilmente se comprende que un alma que busca sin cesar el sustituir la vida de Jesucristo a la suya propia, está más dispuesta que otras a notar aun los más ligeros toques sensibles y místicos de esta vida divina. Como toda su atención está concentrada en la vida de Jesucristo en su alma, por poco que experimente el sentimiento místico de la vida y acción de Jesucristo, en seguida lo notará y se encenderá en amor. Más aún, ganosa como está de no vivir más que en Jesucristo, acogerá con infinito aprecio estos dones gratuitos de la liberalidad divina. Por otra parte, el sentimiento pasivo de la vida de Jesucristo en ella influenciará, a su vez, su espiritualidad y la hará más fiel aún a su programa de transformación en Jesucristo. Porque, en efecto, bien se puede decir que la vida mística no es otra cosa que la espiritualidad paulina de identificación con Jesucristo, vivida de una manera tangible y experimental. El alma mística no sólo se esfuerza en realizar el «*Vivo, jam non ego*», sino que siente hasta cierto punto su realización en sí. No solamente se entrega por completo a la acción de Jesucristo en ella, sino que siente experimentalmente esta acción, y este sentimiento pasivo le es, de cuando en cuando, causa de inefables dulzuras. Es verdad que esto supone ya un cierto grado de vida y oración místicas. En la quietud ordinaria, lo que el alma siente es la presencia divina en ella o cerca de ella. No siente la acción, la vida de Jesucristo. No siente todavía que este amor infuso, que deleita y transporta, es el amor de Jesucristo en ella. Esta gracia pertenece a un grado superior. Después de la terrible noche del espíritu, cuando el alma es invitada poco a poco y como iniciada en los desposorios divinos, se siente verdaderamente inundada por la vida y acción transformadoras. Pero esta acción se deja ya sentir algo, según nos parece, en las formas más elevadas de quietud. Poco importa. Lo que queremos hacer notar aquí es que las gracias místicas harán al alma mucho más fiel aún y más generosa para llevar a término su ideal de transformación en Cristo. Estas gracias, en efecto, le hacen como palpar la realidad de la vida de Jesucristo en ella. Son como una viviente confirmación de su espiritualidad en el orden experimental. El alma salta de gozo al sentir que Jesucristo ama en ella, al experimentar que es Jesucristo el que la hace abrasarse en amor al Padre Celestial. Se

embriaga de amor al pensar que esta vida de amor de Jesús le es ahora como tangible, y la esperanza de experimentarla más y más la hará muy sensible aun a los menores deseos de su divino Amigo. Llegará a poner por encima de todo el menor deseo, la más ligera sonrisa de Jesucristo. Así que puédesse con razón presumir que el Amado de su alma, encontrando campo apto para su acción transformante, conviene, a saber, un alma ardientemente deseosa de transformación y siempre atenta a identificarse. con las direcciones divinas, la llene de gracias aún mayores. Le hará sentir más y más en su alma y aun en su cuerpo, que es ciertamente Él el que vive en ella, el que produce en ella esta pasión de amor y estos abrasados transportes hacia Dios. Las desolaciones profundas no harán más que afirmar, por contraste, esta conciencia de Jesucristo, no solamente viviente, sino amante en ella. Y así, paso a paso, a través de la *noche del espíritu*, llegará, si Dios lo quiere, a los *desposorios divinos* y al *matrimonio espiritual*.

La *noche del espíritu*, que acabamos de mencionar, es la gran prueba de purificación pasiva, por medio de la cual Dios trabaja en lo más profundo del alma y la prepara a más sublimes ascensiones y a la última transformación. Prueba terrible, purgatorio en la tierra, al decir de S. Juan de la Cruz, quien ha descrito las agonías de esta noche en páginas inmortales. Los directores de espíritu se sienten generalmente impotentes para consolar a un alma en esta fase de la vida espiritual. Dios la tiene bajo su cincel y la esculpe como le place. Él ha causado sus heridas y sólo Él es su médico y puede curarla.

Con todo, creemos que el alma que se ha aferrado a la idea de Jesucristo viviendo en ella, tiene más probabilidad de pasar felizmente la *noche del espíritu* sin turbarse demasiado y sin desesperar nunca. La impresionante vista de sus miserias, de su inactividad y de su total impotencia, tomará a veces aspectos terribles; tentaciones no sospechadas la asaltarán con furia inaudita; raudales de secreta y cegadora luz de contemplación infusa harán ver al alma, en profundo relieve y aterrador contraste, la deslumbradora Santidad de Dios y la imperfección radical, la repugnante fealdad propia. El alma será muchas veces torturada por agudos sufrimientos de amor. Experimentará el extraño tormento de estar enamorada de Dios y creerse sin amor. Antes, el agradar a Dios parecía ser su respiración; ahora se deshace, se marchita al pensar obsesionadamente, que es demasiado culpable y repugnante para agradar a Dios, y que Dios no la podrá amar en adelante. Azotada por los vientos, sacudida por la tempestad, su pobre navecilla sería fácilmente absorbida por las olas de la desesperación, si en el fondo de su corazón, en lo más íntimo del alma, no le quedase como una esperanza secreta, diríamos más, como un postrer fulgor de purísima confianza, tímido y vacilante quizás, pero, con todo, inextinguible, la confianza de que Jesucristo, su «divino suficiente», le permanece fiel a pesar de todas sus miserias y de todas sus faltas conocidas y desconocidas.

Jesucristo le queda como ánora de salvación en la lóbrega y furiosa tempestad, que amenaza sumergirla. ¡Ah! Cierto, Jesucristo, su Amigo divino, que tantas veces se hizo sentir tan deliciosamente y le hablaba con tanto amor, no podía desampararla y, de hecho, no la ha desamparado. Él, que se había identificado con ella, como ella con Él; Él, que tanto había reclamado del alma un amor fiel, y le había, hecho en retorno mil promesas de inviolable fidelidad, el amantísimo Jesús, no podría dejarla desamparada a su triste suerte. Cuando todo se ha desvanecido en la noche oscura, cuando no le queda al alma más que un vago y amargo recuerdo de las gracias de otros tiempos, se acuerda, con todo, en sus lágrimas, cómo Jesucristo insistía en la confianza. Antes de la tormenta, ¿no había Él exigido cien veces de ella una confianza absoluta ciega a pesar de todas las apariencias, una confianza libre de toda alegación humana, basada, no ciertamente en sus mezquinas virtudes, sino absolutamente fundada en la bondad y fidelidad de Jesucristo? ¿No le hizo tal exigencia de fidelidad prever de alguna manera la futura tempestad? Por

consiguiente, a pesar de todos los gritos de muerte, que llegan a sus oídos durante la noche, el alma no puede creer, no creerá jamás en el fondo de su corazón, que Jesucristo, tan bueno, tan amante, la haya dejado precipitarse en su pérdida, que la haya desamparado y sobre todo en secreto, sin hacerle reproche alguno, sin decirle siquiera adiós.

Un mar de dudas y de angustias pueden asaltar al alma; puede ser, que, en ciertas horas, sea vivo el sentimiento de verse desamparada, y justamente, de Dios; con todo, espera contra toda esperanza, cree en el fondo de su espíritu y de manera casi subconsciente, que Jesucristo, cuya presencia no siente mucho tiempo ha, no la ha desamparado y no hace más que ocultarse, No osa, la pobre, levantar sus ojos al Padre Celestial, golpéase amargamente el pecho delante del Ser infinito cuya santidad le espanta, pero no siente el mismo temor de Jesucristo. Jesucristo, su Amigo de todas horas, su otro «yo», Jesucristo a quien lleva siempre consigo, y que es su mediador y reparador en todo y para todo, Jesucristo no toma, ni puede tomar a sus ojos, apariencias que espanten.

No, no tiene temor ninguno de Jesucristo. Cree todavía, inconscientemente quizás y corno por instinto, en su bondad y en su amor. Pero lo que la angustia es no encontrar a Jesús, que podía salvarla, consolarla, asegurarla y volverle propicia al Padre, ¿Dónde está Jesús? ¿Dónde está su Amado? Como la esposa de los «Cantares», se levanta en vano, a la noche, para ir en su busca: *«In lectulo meo quaesivi per noctem quem diligit anima mea; quaesivi illum, et non inveni»*. Palpitante de congoja, le llama, a grandes gritos, en el fondo de su corazón, en donde le cree escondido, lo envía, aun en la noche, sus besos de amor angustiado, y, espera secretamente todavía en su mediación y reparación omnipotentes. Asida de suerte tan desesperada a Jesucristo, como a roca salvadora, la pobrecilla alma resistirá, quizá por muchos años, el oleaje, hasta que la tempestad calle y se apacigüe, el sol brille de nuevo y vuelva a oír, con indecible gozo, la voz de su Amado diciéndole amorosamente: *«Surge propera, amica mea, columba mea, et veni. Jam hiems transiit, imber abiit. et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra... Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: Levántate, date prisa en venir, paloma mía inmaculada, el riguroso invierno ha pasado, la tempestad ha huido, el bienhechor sol del amor brilla de nuevo en una primavera deliciosa. Ven, muéstrame tu rostro y hablemos otra vez de amor, para que te una a Mí con lazos eternos, los lazos de los místicos y divinos desposorios»*.

Conclusión

Numerosas son las almas que, después de haber trepado con ardor por las escarpadas sendas de la perfección, ganan un día un repecho del camino, desde el que pueden contemplar magnífico panorama. Un cambio profundo se opera en ellas, poco a poco y como naturalmente en la generalidad de los casos; bruscamente, quizás, para algunas de ellas. Llegan, sin darse total cuenta de ello, a encontrarse en el punto de vista de Jesucristo, a vivir de su vida, a verlo todo en Él y por su medio. ¡Qué cambio en la decoración, qué metamorfosis! Por vez primera sienten que su vida se ha trocado en un himno de amor, himno entonado por Jesucristo, en ellas y por medio de ellas, a la gloria de su Padre. Su capacidad para agradar a Dios se ha como decuplicado. Siéntense deliciosamente acompañadas en amar a Dios, porque Jesucristo ama inmensamente en ellas. Su pobreza nativa se ha enriquecido con los tesoros infinitos de Jesucristo.

¿A qué se debe tal cambio? Conducida por el Maestro interior, quizás inconscientemente, han sido llevadas, de una u otra manera, a considerar la vida espiritual desde el aspecto descrito más arriba, a escoger, como ideal de sus vidas, el dejar a Jesucristo continuar viviendo la suya propia en ellas, ¡Ah! ¡Cuántas idas y venidas, cuántos pasos en falso antes de llegar a donde el Maestro las quería! ¡Cuántas de ellas se dicen entonces instintivamente: «Si hubiese conocido el plan de Dios! ¡Si hubiese sospechado lo que es vida verdadera, llena, dilatada! ¡Si alguno me hubiese hecho atisbar, desde el principio, el ideal que tanto me absorbe ahora! ¡Cuánto tiempo hubiera ahorrado!» Ciertamente creemos que muchos corazones generosos llegarían, de hecho, más rápida y seguramente a los grados más altos de la vida espiritual, si esta concepción de una vida de asimilación, de identificación con Jesucristo, fuese más frecuente, más clara y explícitamente expuesta.

En verdad que hay para admirarse de que una espiritualidad tan paulina sea tan raramente adoptada en la práctica. ¡Qué escasos son los libros espirituales que traten esta materia *ex profeso*, y más escasos aún los que se esfuercen en vulgarizar estas ideas! Y eso que estas ideas entran en la verdadera base de la vida espiritual. De hecho, no hay para admirarse demasiado, cuando se considera que, aun la simple doctrina de la gracia santificante y de la presencia real de Dios en el alma, han sido asunto tan raramente tratado por predicadores y directores espirituales. Como decíamos al principio, esta laguna será pronto llenada; de veinte años acá, se nota un verdadero refloreamiento en la materia.

El primer paso, pues, está dado, pero hay que ir más allá: hay que estudiar más, no solamente la naturaleza de la gracia, sino el desenvolvimiento de la vida divina en nosotros; profundizar la gran doctrina del Apóstol sobre la incorporación a Jesucristo y su vida mística en sus miembros. Convendría, sobre todo, hacer aplicaciones de ella y vulgarizarla; hacer de ella un tema frecuente de instrucciones espirituales y puntos de meditación. Por esto, no podemos menos de dar la bienvenida a libros como el del P. Duperray, S. J.: «Le Christ dans la vie chretienne d' après saint Paul», y el del Padre R. Plus, S. J.: «Dans, le Christ Jésus», en que el autor únicamente se propone el vulgarizar y hacer vivir estas ideas de la incorporación a Cristo. Su capítulo III del libro, IV, sobre el «Jam non ego, Christus», es especialmente sugestivo. En él muestra claramente cómo nuestro ideal debería ser el hacernos, para Cristo, como «una humanidad de añadidura». El mismo Padre ha publicado un libro, un diario íntimo «*Consummata*», en el que encontramos de nuevo, poco más o menos, las mismas ideas vividas por un alma santa. Hace algunos años que

vio la luz un libro de recuerdos de Sor Isabel de la Trinidad, libro muy conocido y apreciado ya, en el que aparece aún más explícitamente expuesta la idea de la vida espiritual que vamos recomendando en estas páginas. Con todo, estas ideas son todavía poco corrientes, y aún más, entran muy poco como fundamento de nuestras espiritualidades. Y, sin embargo, ya en el siglo XVII tenían una importancia muy grande en la literatura religiosa. Porque, a fin de cuentas, viene a ser esto mismo, con algunas ligeras variantes, lo que se enseña en la hermosa doctrina del P. Lalle-mant y de sus discípulos, los Padres Rigoleuc, Surin, Maunoir, gloriosa falange de Jesuitas místicos, que el Rdo. H. Brémond, ha llamado la vanguardia de la Compañía de Jesús. Lalle-mant se inspira muy particularmente en la presencia de Jesucristo y de su espíritu en el alma. Para él, toda la vida espiritual se resume en la «guarda del corazón», que consiste en ser tan dócil como se pueda a las menores inspiraciones del Espíritu Santo, el Espíritu de Jesucristo, para dejarlo vivir perfectamente en nosotros. Estas ideas formaban el fondo mismo de la espiritualidad enseñada por la Escuela Francesa, tan floreciente en el siglo XVII. En efecto, es precisamente esta doctrina, bajo una forma un poco diversa, la doctrina maravillosa de la adherencia a Jesucristo, de la unión íntima con Él, presente en el alma y Cabeza del Cuerpo Místico, la que particularmente enseñó y ensalzó la escuela del Cardenal Berulle, P. de Condren, M. Olier, etc. Pero la doctrina que quizás representa mejor las ideas expuestas en este estudio es la de San Juan Eudes. En su «Royaume de Jesús», encontramos estas líneas, que dan como la esencia de su espiritualidad: «Así como San Pablo nos asegura que completaba los sufrimientos de Jesucristo, así se puede decir en verdad que el verdadero cristiano, que es miembro de Jesucristo y que está unido a Él por la gracia, continúa y completa por medio de todas sus acciones, hechas según el espíritu de Jesucristo, las acciones del mismo Jesucristo durante su vida mortal en este mundo. De tal manera que, cuando un cristiano hace oración, no hace más que completar la oración que Jesucristo hizo en la tierra; cuando trabaja, continúa y completa la vida activa de Jesucristo, etc. Debemos ser como otros tantos Cristos en este mundo, para continuar y completar su vida y obras, para hacer y padecer todo lo que hagamos y padezcamos, santa y divinamente en el espíritu de Jesucristo, es decir, con disposiciones santas y divinas». El santo lleva muy lejos la identificación con Jesucristo. A propósito de la comunión exclama: «Mi Divino Salvador... a fin de recibiros no en mí, pues que soy tan indigno de tal favor, sino en Vos mismo, y con el amor que os tenéis, me anonado a vuestros pies, tanto como puedo, y lo mismo hago con todo lo mío; os suplico, que os establezcáis en mí y que establezcáis en mí vuestro divino amor, a fin de que, al venir a mí en la sagrada comunión, seáis recibido, no en mí, sino en Vos mismo».

Como se ve, no se podía haber utilizado mejor para la vida espiritual la gran doctrina de S. Pablo sobre la vida de Jesucristo, Cabeza del Cuerpo Místico. De esta doctrina que San Agustín y Santo Tomás habían tratado también en sus obras, San Juan Eudes ha hecho, más que ningún otro, el centro de su sublime espiritualidad. Por eso, nos fue un verdadero placer el ver expuesto, tiempo atrás, en la *Vie Spirituelle* la doctrina del Santo; doctrina desgraciadamente poco difundida, a lo que parece, fuera de la Normandía, tierra natal de su autor. Y nada podemos desear mejor que el ver la espiritualidad eudista propagada por doquiera, y el hermoso libro del «Reino de Jesucristo» en las manos de todos.

Si esta doctrina grandiosa fuera más conocida, y este libro estuviese en las manos de todos los que tienen cargo de dirigir las almas hacia la unión divina más elevada o de instruir a los sacerdotes y religiosos o religiosas, sin duda alguna que muchas personas se elevarían muy alto y serían favorecidas con diversos grados de unión mística, mientras que ahora no hacen más que vegetar en la mediocridad. Muchos, en efecto, no llegan a vivir esta vida de unión y de identificación con Jesucristo, esta vida consciente de miembros de Jesucristo, sino merced a los esfuer-

zos incesantes del Espíritu Santo, y sin saber gran cosa el término a donde caminan. Si estos esfuerzos fuesen secundados por una instrucción más en armonía con la acción unitiva y transformadora de Dios, si las almas fuesen instruidas más claramente sobre sus deberes como miembros de Jesucristo, si se les propusiese netamente el ideal magnífico de una vida en nombre de Jesús, entonces veríamos muy acrecentado el número de almas que Dios lleva por los senderos de la contemplación pasiva.

Pero no hay que exagerar, sin embargo. No queremos decir que no hay almas que, a sabiendas, hagan converger su espiritualidad hacia estas ideas paulinas. Se las encuentra, y no solamente entre los sucesores de las grandes ideas de espiritualidad francesa del siglo XVII, sino en todas partes y en todos los ambientes. Muchas, principalmente entre «las almas víctimas», que tienen conciencia recta y habitual de que Jesucristo está en ellas, y cuyo ideal es sustituirle a sí mismas, se aplican el dicho del Apóstol: «Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo». Sufren, con alegría, a veces penas muy grandes, porque saben que Jesucristo quiere aún sufrir en ellas y saciar, por medio de ellas, su ansia de padecer. Pero, conviene decirlo, muchas de las almas que viven de estas ideas sueñan, sobre todo, en imitar a Cristo paciente, en continuar en sí su Pasión. Muchos, al leer sus escritos y sus vidas, se sienten desanimados a la vista de una tal vida de continua inmolación y heroísmo; y no hay por qué añadir que no todo el mundo se siente llamado a hacer el voto de «víctima». Sería contraproducente el que almas fervorosas se imaginasen que dejar vivir a Jesucristo en ellas equivale a hacerse «almas víctimas», a atarse con voto a sufrimientos horribles y extraordinarios. No, Jesucristo desea vivir su vida en todos los cristianos. Todos pueden reproducirle en sí mismos, cualesquiera que sean las condiciones de vida en que se encuentren. La vida mística del Salvador es infinitamente variada y puede adquirir infinito número de matices. Sin duda que, si el alma quiere estar completamente identificada con Jesucristo, ha de reproducir todos los estados y todas las virtudes de Jesucristo; es necesario que su vida entera sea, como la de Jesucristo, vida de abnegación y de sacrificio; es menester que reproduzca los sufrimientos y la Pasión de Jesucristo, que esté crucificada con Él: «*Christo confixus sum cruci*», como dice el Apóstol. Pero no por eso deja de ser menos cierto que, en la mayoría de los casos, Jesucristo reproduce en las almas tal o cual estado determinado de su vida. En algunas, como en el caso de la encantadora Sta. Teresita del Niño Jesús, vive sobre todo su vida de Nazaret; en otras, su vida de adolescencia y oscuro trabajo. En Domingo de Guzmán, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, continúa su vida de predicación y apostolado activo, mientras que, en Lidwina, completa lo que falta a su Pasión. Pero todos son llamados a revestirse de Jesucristo, a identificarse con Él: La vida de Jesucristo palpita en todos los fieles. Mil veces felices los que se dan perfecta cuenta de ello, los que se penetran de las grandezas sublimes de la vida de asimilación a Jesucristo, y encauzan todos sus esfuerzos a identificarse con la impulsión divina. Secundando tan enérgicamente la acción de Dios, no tardarán en llegar a ser otros Cristos. Día vendrá, en que podrán decir con pleno gozo y verdad: «*Vivo ego, jam non ego; vivit vero in me Christus*».

Para terminar, nos parece oportuno advertir cuán importante es que la vida de unión e identificación con Jesucristo esté abiertamente basada en una viva percepción de la presencia real de Jesucristo en nosotros (en cuanto Verbo), por medio de la gracia santificante. Nuestros lectores habrán notado cómo, en la espiritualidad expuesta por nosotros, el alma conserva siempre vivo el pensamiento de la presencia de Jesucristo en ella. Si se esfuerza en hacer vivir a Jesucristo en ella, en vez de vivir por sí misma, es que sabe muy bien, y quizás, gracias a favores místicos especiales, lo siente, que Jesucristo está realmente presente en ella. No experimentaría el mismo amor tierno para con Él, ni el mismo deseo ardiente de dejarlo vivir en sí, si no tuviese como una

conciencia habitual de su real presencia, si supiese no tener con Jesucristo más que una cierta unión moral; si, en fin, la vida de Jesucristo se le presentase como una cosa más o menos metafórica. A nuestro parecer, ciertas espiritualidades análogas de unión a Jesucristo pierden un poco, acaso mucho, de su sublimidad y, sobre todo, de su valor práctico y santificador, porque no descansan, a lo menos tan completamente, sobre la doctrina de la presencia real de Jesucristo en nosotros. Tales espiritualidades producen a veces la impresión de una unión de pura solidaridad, amistad o donación completa de sí; y, aun cuando hablen de la presencia de Jesucristo en nosotros por su gracia, le queda a uno la impresión de que se trata de una presencia de influencia, no de una presencia real, y de que sólo entran en cuestión el don creado de la gracia y no la inhabilitación divina que la gracia implica.

El gran pintor cristiano Janssens ha representado de una manera admirable a Jesucristo, de pie, sobre el Monte de las Bienaventuranzas, abriendo sus brazos y diciendo: «Hijo mío, dame tu corazón». La imagen simboliza bien el pensamiento que hemos procurado desenvolver en este estudio. Evidentemente, el sentido obvio de la frase no va tan lejos; pues que trata sólo de una donación de sí a Cristo. Pero también se puede entender en el sentido místico de: «préstame, dame tu corazón para que viva como si fuese el mío, para que haga brillar en él mis virtudes, para que, por su medio, pueda continuar y prolongar mi vida y satisfacer así mi ansia de amor hacia mi Padre Celestial».